

Entre vírgenes y santos

Lourdes Oliverio



Capítulo 1

I

Luego de que sucediera ya ninguna se animó a decir una sola palabra. Nunca más volvimos a hablar del tema. Ninguna tuvo que proponer la regla, como pasaba con otros temas de los que ya no hablábamos, sino que esta vez, como si todas nos hubiéramos dado cuenta de lo mismo, sucedió.

Las cinco habíamos entrado en aquel colegio de monjas hacía más de dos años. La religión y la imagen institucional nos tenían cansadas, esa era la fuente de nuestra amistad: Nos consideramos la resistencia, dentro de un mundo de vírgenes y santos.

La idea de tener sexo con hombres nos había llamado la atención desde siempre. A veces espiábamos al hermano mayor de Carmen y a sus amigos mientras jugaban al fútbol. Nos llevaban cuatro años y para nosotras, eran verdaderos hombres. Cada tanto nos dejaban jugar con ellos y mirábamos sus piernas robustas que creíamos que algún día tendrían la posibilidad de patear en primera.

Necesitábamos estar preparadas. Los primeros meses desde que entramos al secundario los usamos para practicar. Elegíamos en el vestuario, antes de ir a natación, un grupo de cortiñas que nos permitían besarnos sin que ninguna de las otras chicas de la clase se diera cuenta. El misterio alrededor de nuestro grupo había llegado lejos, y más de una deseaba que la invitáramos para cambiarse con nosotras y así saber qué hacíamos. Mientras las demás se iban turnando, yo elegía siempre de pareja a Julia, sus besos eran los mejores. Además a ella no le daba miedo nada, no tenía temor de que entraran los preceptores, con ella se podía disfrutar.

II

Pero nuestra rebeldía iba mucho más allá del deseo de no llegar "puras". como decía la Madre Teresa, al matrimonio. Rechazábamos todo: Odiábamos a Dios, a la biblia y las reglas. Nos gustaba el rock y emborracharnos.

La música nos había unido cada vez más, compartíamos un amor brutal por Álvaro, un rockero que estaba ganando mucha fama en el último tiempo. Hasta nuestros propios padres sabían sus temas. Antes de que

cayera en coma nos habíamos escapado varias veces para verlo. Ese fue nuestro primer acercamiento con las drogas. Primero le robamos un faso a la hermana de Julia y luego quisimos ir más allá. Soñábamos con terminar cómo Álvaro, a punto de ir al infierno, lo que era más digno que el cielo para nosotras.

Desde que lo internaron tuvimos que buscar nuevos amores musicales y empezamos a ver a los pibes de último año, que tocaban con sus banditas en un tugurio. Desafinaban a lo lindo, pero tanto Carmen cómo Julia estaban enamoradas de Manuel, el guitarrista y no las podíamos convencer de ir a hacer otra cosa.

III

Una noche, la resistencia llegó más allá de lo que habíamos imaginado. La familia de Malena siempre había sido rara. Su madre no era religiosa, nos dejaba ir a su casa luego de los recitales y no se interesaba mucho en saber a qué hora volvíamos. Sobre todo porque nunca estaba. Ella trabajaba en el hospital y hacía guardias largas. Por eso nos quedábamos a cargo de su abuela, que para nosotras y también para su familia, estaba chiflada.

Esa noche, Malena nos contó que su abuela siempre decía que podía comunicarse con los espíritus y también realizar maleficios. Nos gustaban esas historias, al fin y al cabo, el cura hubiera dicho que era una blasfemia. No creíamos, pero queríamos jugar, así que nos dispusimos a aprender.

Lo primero que nos enseñó la abuela fue a hacer un amarré, no sonaba peligroso, ya que eran hechizos de magia blanca. Nos hizo buscar en la cocina miel, nos explicó que era uno de los mejores ingredientes para realizar estos conjuros y que servía para endulzar. La idea de atrapar al chico que nos gustaba sonaba bien, pero nos parecía poco probable, hasta que en el siguiente show Manuel empezó a coquetear tanto con Carmen cómo con Julia. La siguiente vez que la vimos le pedimos a la abuela más. Queríamos aprender todo pero ella dijo que teníamos que ir paso por paso y nos enseñó a hacer limpiezas espirituales y a abrir caminos.

IV

Julia quería practicar, sabía que tenía solo una oportunidad y sino su gran amor se iría con Carmen. Por eso, empecé a quedarme a dormir en su casa cada vez más seguido. Primero nos fumábamos un cigarrillo en el balcón francés de su pieza cuando sus padres ya se habían ido a dormir.

Después jugábamos a qué yo era Manuel. Nos besábamos, le sacaba la remera y el shortcito mientras chupaba su panza. Después yo me sacaba la ropa y me subía a su cuerpo. Movía la pelvis y hacía que mi bombacha se estampara contra la suya. Repetía ese movimiento, probando diferentes velocidades. A veces sentía que me agarraba un fuego abajo y me ardía mucho, entonces iba al baño me secaba con papel y me cambiaba la bombacha húmeda. Nada podía fallar cuando mi amiga por fin lo intentara con Manuel.

El grupo se estaba consolidando, la transgresión a la propia religión se había convertido en adoptar una nueva, un tanto más oscura. Los hechizos para congelar personas, o los vudú se habían hecho parte cotidiana de nuestras vidas. Con ellos Myriam había logrado hacer que su padre abandonara a su amante y regresará a su hogar. A Malena le empezó a ir bien en el colegio y mi hermano consiguió laburo. Nos robábamos de nuestras casas los materiales que creíamos que podían llegar a servir para los hechizos.

Aunque todo salía bien, la abuela siempre insistía con que la magia negra era peligrosa y con que algunas cosas, algunas intenciones, volvían hacia uno de maneras inesperadas. Una noche, después de los besos con Julia, mientras charlábamos de todo lo que nos había enseñado la abuela se nos ocurrió una idea excelente. Íbamos a despertar a Álvaro.

V

Cuando le contamos a las demás todas estuvieron de acuerdo, salvó Malena. Ella había escuchado decir a su abuela que no se juega con la vida y con la muerte, que las hechiceras no pueden decidir. Aún así entramos a su pieza a robar la libreta donde la vieja escribía a mano en cursiva cada hechizo. Y así lo hicimos. Conjuramos un maleficio para despertar a Álvaro. Primero, examinamos cuáles eran las entidades patógenas que estaban causándole ese malestar y luego realizamos el ritual. Malena era la que auspiciaba la ceremonia, porque ella decía que era la que más experiencia tenía. Conseguimos unas velas en la cocina y nos metimos en el gallinero del vecino para sacar un gallo que decidimos dejar con vida después de descubrir que las anotaciones de la abuela no decían nada sobre ofrendar animales. Hicimos algunas muecas con las manos, repetimos una frase escrita en el papel mientras nos tomábamos formando un círculo, consumimos una sustancia alucinógena y terminamos vomitando todo el patio de la casa. Estábamos felices, parecía haber tenido efecto. Vomitamos y eso quería decir que expulsamos las entidades patógenas de Álvaro.

Las mañanas siguientes pasaban sin pena ni gloria, la abuela nos había fallado. Quizá el amor de Marcos por Julia y Carmen solo se debía a qué

era un gato. O el papá de Myriam se había aburrido de su amante y le estaba pegando el viejazo. Pero al cabo de una semana, la noticia inundaba los medios. Álvaro había muerto. Carmen que siempre había sido la más flojita no pudo evitar vomitar en el medio del aula y esta vez no eran las entidades. Las demás también comenzamos a sentirnos mal. Habíamos sido nosotras, habíamos matado a Álvaro y ya nada sería igual. Teníamos miedo de que nos descubrieran, al fin y al cabo, no sabíamos nada sobre magia. ¿Y si se podía averiguar quién había lanzado el conjuro? ¿Y si nos venían a buscar? ¿Y si nos quemaban en la hoguera cómo contaban las historias sobre las brujas?

Todo había salido mal y nos habíamos convertido en asesinas. La distancia entre nosotras empezó a ser cada vez mayor. Ya no había rituales, no más recitales de los chicos de quinto, no más besos de Julia.